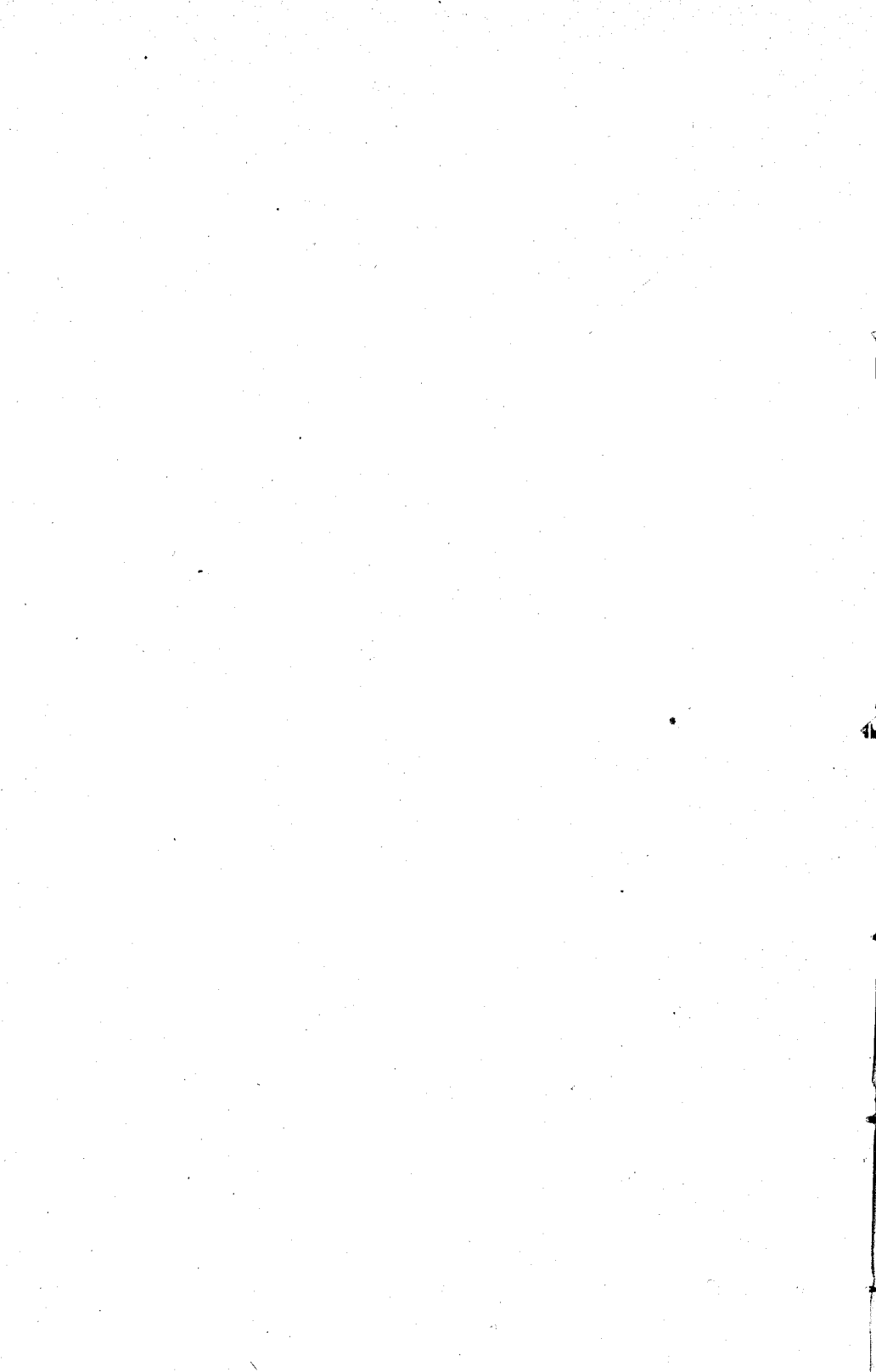


¿Es un libro esotérico el Quijote?

Por Rafael Urbano.

F. T. S.





¿Es un libro esotérico el Quijote?

I

Hay libros biblias sobre los cuales vuelve constantemente la humanidad, animándolos de un modo perdurable con nuevos y continuados comentarios. Esos libros son, desde luego, los mejores monumentos de cada pueblo; los libros que inauguran una lengua, los que la fijan de un modo más acabado, los que expresan la historia de un gran ciclo, ó los que revelan para siempre, de un modo definitivo, un ansia humana. Son libros revelados por los grandes maestros de compasión, ó libros divinos que han hecho carne y luz en las mentes inmaculadas de hombres predilectos.

Un día llega el gran mensajero y besando la frente de un escogido, le dice: «Y bendito sea el fruto de tu mente.» Y la mente salutada por el ángel da á luz, quedando pura. Pare entre las bestias y los humildes, y el gran hijo, perseguido por la ira del mayor y más viejo de los ancianos, el Herodes del sentido rutinario, vive errante y oculto hasta que llega la hora de su glorificación eterna.

La última idea es el último Cristo y el último Budha que se revela á los hombres.

La revelación se hace de dos maneras distintas, opuestas al parecer, pero conformes entre sí, porque en el fondo no se trata más que de una sola y única revelación: de la única verdad.

Unas veces los grandes libros son revelaciones directas de lo Divino, como ocurre con los más grandes y antiguos

monumentos de la humanidad, según atestigua la tradición de los hombres, y otras, bajo el aspecto de conquistas humanas, la Verdad y lo Divino se manifiestan como triunfos y asaltos de las mentes, aunque no sean en realidad sino testimonios clarísimos de una evolución moral, y en todo caso, la señal de que debe procederse á una iniciación colectiva.

Y así, la palabra murmurada, la máquina concebida y la región descubierta, otro hombre ú otros muchos han podido murmurarla, concebirla y descubrirla; y á menudo, con frecuencia, las mejores palabras de los poetas y los grandes inventos de los sabios no pueden vincularse á un hombre sólo, y es preciso añadir á cada uno un compañero que, á distancia, muy lejos y sin noticia del otro, ha llegado á una conclusión idéntica ó parecida. Newton y Leibnitz van asociados en el cálculo infinitesimal; Kant y Laplace, en la nebulosa; Adams y Le Verrier, en el descubrimiento de un mismo astro.

En órdenes más libres la concurrencia no se manifiesta tan claramente, pero no deja de existir por eso. Si en un caso raro dos hombres escriben un drama ó una novela parecida, en un caso más frecuente dos mutuos desconocidos desarrollan el mismo asunto. Por lo demás, en todas las literaturas hay un Shakespeare para cada pueblo y un Homero para cada lenguaje, aunque sólo el más grande de los Shakespeares y de los Homeros sean el único Shakespeare y el único Homero que deban en realidad consignarse.

Hoy, después de haber iniciado á los estudiantes en los postulados geométricos, todos ellos son como Euclides; pero el único Euclides es el primero que los dictara.

La vanidad humana puede creer en el genio como en un conquistador afortunado; pero no es sino un primer hombre de una serie uniforme que estará más adelante en el mismo nivel de iniciación, mientras no llegue otro nuevo profeta. Así es como lo vulgar actual fué lo excepcional de lo pasado, y por esto podemos comprenderlo.

Pero la revelación de lo divino, sea mecánica ó espiritual, se manifieste en el invento de una máquina ó en la emisión de una idea, se hace siempre por un signo, de una

manera provisional y esotérica, que debe desarrollarse y desentrañarse más adelante.

En verdad toda revelación se nos ha dado, y lo que ocurre es que vamos descifrando el enigma poco á poco.

Toda la mecánica ha sido revelada en principio al primer hombre, bajo la forma de movimiento, y la revelación fué patente cuando por su evolución mental llegó al plano inclinado y al martillo. Lo demás es un comento de esas máquinas primarias; y la mecánica, la construcción y la ingeniería no son sino una exégesis no terminada de la única divina revelación espiritual: la conciencia.

Hechas estas revelaciones á un hombre, llegaría lógicamente el estado actual. Y si fuera posible otra vez el nacimiento de un primer hombre, dándole las facultades de pensar y moverse, pasaría por Aristóteles, por Descartes, por Kant, por Edison, y llegaría al más elevado de nuestra época.

Es preciso, sin embargo, que nos atengamos sólo á un extremo de la revelación. Al de la revelación moral, ya que él mismo nos ha traído á estas ideas con motivo del homenaje que la cultura española tributa á una de las obras más interesantes que ha producido: **EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA**, por *Miguel de Cervantes Saavedra*.

II

La obra de Cervantes ha tenido la propiedad de despertar, entre todos los hombres, un sinnúmero de ideas, después de leerla con algún detenimiento. Y esta constante y sostenida modernidad que mantiene, acredítala como un libro revelado, como una verdad llena de jugo, como una revelación inacabada, ya que no se ha hecho de ella un último y definitivo comentario, y es aún para los hombres, no el pan intelectual para el hambre de un día y un hombre solo, sino un mar inagotable, hasta la fecha, para la sed de todos los días y de todos y cada uno de los hombres.

No se sabe lo profundo del mar, y el mar es cada día profundo. Y cuando llegue á saberse su cabida y se pueda

decir: «Hasta aquí llega», el mar no será ya profundo, ni mar siquiera.

La eternidad del *Quijote*, su duración en el tiempo y su extensión ilimitada para la razón de los hombres, lo revisiten del carácter augusto de una revelación divina, de un algo revelado, pero revelado como todas las revelaciones conocidas, revelado para que siga revelándose; donado, más bien, á las gentes para que lo miren y lo gusten desde todos los sitios y por todas partes.

En este aspecto yo no vacilo en tomarle por un libro divino, por un gran libro, por uno de esos libros sobre los cuales ha de volverse cotidianamente, porque todos los días puede enseñar alguna cosa, hasta que el hombre, habiéndolo comentado lo bastante, lo deje sin jugo alguno, desubstanciando las verdades que encierra.

Pero no ha sido vista así por casi nadie la obra de Cervantes, como tampoco se ha considerado de igual modo la obra de Shakespeare y el mismo Apocalipsis, libros sobre los que han trabajado tantos enfermos y sobre los que tantos enfermos han de trabajar todavía, más para agravar sus dolencias que para remediarlas.

Lo que se afirma por regla general, después de la lectura de esas obras es, desde luego, su divinidad; pero para aminorarla en seguida reduciendo la revelación continua á un comento definitivo que, si fuera verdad, acabaría con ellas al revelarse la pretendida enseñanza que se dice haber descubierto. Y es que más que tomarlas por algo revelado para revelarse poco á poco en cada uno, se las toma como obras ocultas y esotéricas en el más despreciable y egoísta significado que se da á estas dos palabras. Se cree que son jeroglíficos que contienen la receta de un *alcahest*. Y así todos los comentarios conocidos de Shakespeare, del Apocalipsis y de Cervantes, son sólo ponderaciones, anuncios de un *alcahest* personal, ineficaz para el resto de los hombres, que necesitan otro más fuerte ó más débil; pero no el anunciado últimamente, ni ninguno que pueda anunciarse andando el tiempo.

Nuestra verdad es lo que nosotros hallamos.

Son tres ó cuatro puntos, tres ó cuatro párrafos de esas

obras, los que escoge el enfermo para fundar sobre ellos su comento. Tratándose de las visiones de San Juan, ya se sabe, el célebre cordero, llamado á levantar el séptimo sello, es el propio comentarista de última hora. En el caso de Cervantes, el exégeta es siempre el soñado sabio «que en los venideros tiempos» saca á luz «la verdadera historia», y para el cual ha escrito expresamente Cervantes esas páginas tan excépticas y terribles, que tomadas á la ventura personal resultan edificantes y fuertes.

No es eso.

El *Quijote* no es un libro esotérico y oculto, un libro fuerte, un libro revelado por los dioses, sino un libro escrito por un hombre, una obra de magia, de magia negra, de magia mala, escrito por un hombre desprovisto de toda esperanza. Por el mayor verdugo del ideal. Por el más sincero y humano de los narradores, pero no por el más humanizado de los hombres. Es un libro de decadencia, de decrepitud y desfallecimiento moral.

Si es cosa de morirse de risa viendo todas las locuras de Don Quijote, es cosa de morirse de pena viendo, al fin y á la postre de la historia, cómo fué tan desgraciado siendo loco y cómo vivió tan poco siendo cuerdo.

Y es que toda la fábula de la obra va encaminada, enderezada por el propio autor, contra toda resurrección anímica. Este es el verdadero y único fin que se persigue en toda ella. El *Quijote* es, como podría decirse hoy empleando el lenguaje de Nietzsche, una desmonetización de todos los valores morales de la época de Cervantes. Es un desencanto. Es la quiebra de todos los ideales y la más terrible de las censuras que se han escrito contra la preponderancia del ideal en la vida. Así, Don Quijote es un derrotado mental práctico, un derrotado en la vida por el terrible delito de seguir y creer en un ideal en que nadie sino él cree y acata. Es la condenación de todo ideal para la vida, y así pudo muy bien recomendarlo Augusto Comte, como uno de los libros de la biblioteca del positivista.

La finalidad del *Quijote* no tiene ni siquiera la brutalidad desconsoladora del consejo spenceriano que dice á los padres: «Dejad á los niños que se quemen los dedos, porque

sabrán lo que es la llama.» La novela es posible únicamente por la lucha que sostiene el héroe con la vulgaridad de los demás personajes que le tratan.

No hay ni puede haber esoterismo alguno en el *Quijote*, porque tiene, ante todo, un carácter de crítica, de censura, de destrucción. Lo más opuesto, precisamente, al verdadero esoterismo. *Porque el misterio podrá ser una tontería, pero jamás una crítica.* Siempre es una enseñanza y una construcción.

¿Pero es que podía, por ventura, hacerse una obra esotérica con esa fábula? No. De ningún modo. Eso es una cosa creíble para los que han sospechado que el poema de *El cantar de los cantares* es un diálogo entre Jesús y la Iglesia. Lo que jamás imaginó el ignorado escritor de ese cántico, que tiene todas las suavidades y molicies de Siria.

Lo esotérico no puede referirse más que á la ciencia cosmológica ó á la psicología. Las demás enseñanzas se manifiestan siempre demasiado claras; porque sólo es peligroso para los hombres el jugar con el mundo ó con el alma. Porque, además, la vida de la mente en este plano y dentro de la raza que concluye, es sólo darse cuenta del planeta y del espíritu.

El esoterismo del *Quijote* es de un orden muy inferior, muy reducido, según la mayoría de sus exégetas y comentaristas. La obra queda reducida á un soberbio folleto, á una sátira cobardona contra el orden civil de la república. Y aquí, como en todos los apoyos que ha buscado la sagacidad de los inquisidores cervantistas, ha servido de fundamento una mala inteligencia del menguado escoliasta de ocasión. El famoso mote que Don Quijote se propone adoptar últimamente, al ser vencido por el bachiller Sansón Carrasco, cuando éste le manda que se guarde un año en el ocio de los trabajos, el famoso: *Post tenebras spero lucem*, después de la obscuridad espero la luz, y que el mismo Cervantes hizo poner en el escudo que fué al frente de la primer edición de la primera parte, se ha tomado por sentencia sibilina del autor, cuando no es más que la empresa del más desventurado de los hombres. Y más que empresa y leyenda, el más terrible suspiro de un pobre y desvalido caballero.

Bien. Pero ¿podía proponerse Cervantes un esoterismo tan pequeño como se ha sospechado? Menguada cosa hubiera sido el *Quijote* cuando tantas y tan terribles cosas sobre lo humano y lo divino nos han dicho llanamente mil compañeros suyos en las Letras y en las Ciencias.

Cervantes es el menos audaz de todos los escritores españoles de su siglo; es uno de los más católicos y de los más patrióticos; católico contra los protestantes, católico contra los turcos, católico contra los judíos. Español contra los extranjeros y extraños á las banderas de España. Hasta cerca de un siglo después de haberse publicado el *Quijote* no se manda en el *Indice Expurgatorio* corregir esas dos líneas luteranas que se leen en el capítulo XXXVI de la segunda parte (1).

Y, sin embargo, el *Quijote*, prodigio natural de las grandes obras que la mente humana sabe conquistar de la divina, puede ser un libro esotérico y oculto, porque contiene una enseñanza para el espíritu.

III

Hemos de tomarle del revés, completamente del revés. Hemos de creer que Don Quijote triunfá, que jamás es vencido, que todos sus burladores quedan burlados y que el único cuerdo es el propio Alonso Quijano el Bueno, siendo locos y mentecatos todos los demás.

No ha de creerse, seguramente, que Cervantes escribió su obra, como dijo el pobre Revilla, á salga lo que saliere. Escribióla pensando y meditando mucho, aunque la dejara llena de equivocaciones y descuidos que todos podemos encontrar, aun poniendo poca diligencia.

Sí, pensó y meditó también en la vida de Iñigo de Loyola

(1) En el *Indice Expurgatorio* de 1687, pág. 794, y en el de 1790, pág. 51, se mandan tachar los renglones siguientes: «Las obras de caridad hechas con espíritu débil nada aprovechan ni sirven de cosa alguna.» Este texto se lee con más frecuencia en las ediciones corrientes: «...que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada.»

la, como indica el profesor Unamuno en el su ya famoso comentario, y creyeron hace tiempo no pocos escritores transpirenaicos. Porque Iñigo de Loyola era la mitad de España, que tenía espíritu en él entonces. Y si no se llamaba así, se llamaba San Juan de la Cruz ó Santa Teresa, como la andariega y andante reformadora del Carmelo. Es posible también, como ha dicho ó ha querido decir el señor Benjumea, que en la escena del escrutinio pensara Cervantes en el *Indice Expurgatorio* de Roma. Sí; todo eso es posible, es probable, es verosímil. ¿Pero quién ha de creer y ha de poder demostrar, que las bodas de Camacho son una parodia de las bodas de Caná; que Sancho Panza es San Pedro, que en la penitencia de Don Quijote se ridiculiza la de Jesús en el desierto, que hay una referencia á los Santos Oleos en el llanto de Maritornes y otras barbaridades por el estilo?

Si el ocultismo del *Quijote* está en que Don Quijote es el idealismo y Sancho Panza la realidad, en que Dulcinea es la Verdad ó la Teología (!), como quieren otros; en que todos los nombres de las personas y los lugares que allí se mencionan son anagramas, charadas y camelancias; en que el yelmo de Mambrino representa la Monarquía; los caberos, la Iglesia; en que la Inquisición está parodiada en la aventura de Altisidora; el traslado de los restos de San Juan de la Cruz, en la del cuerpo muerto; Iñigo de Loyola ó el mismo Jesús, en Don Quijote, y otras locuras por el estilo, vale bien poco la obra de Cervantes, y no merecía la pena de escribirla en un estilo tan transparente, en el que con tan poco esfuerzo han podido comprenderla los hombres de tres siglos después, para los cuales no fué precisamente escrita.

El ocultismo y el esoterismo del *Quijote* ha de buscarse en otra parte, si es que puede hallarse alguno en una obra destinada para solaz y recreo. Ha de buscarse invirtiéndola por completo. Pero esto va contra el propio espíritu de Cervantes, uno de los espíritus más apegados á la recta exposición de las cosas, de tal modo, que nadie puede igualarle en tal sentido, á excepción del pío y verdadero fundador de la Compañía, de Luis Vives, el auténtico iniciador de la misma.

Cervantes, como ha observado oportunamente G. Ticknor, «nunca pudo desnudarse de aquel odio á los moros, heredero de sus mayores». Los azares del destino le fortificaron en un catolicismo guerrero, y fué como los más genuinos españoles de su siglo, un místico militar, un soldado de la fe, más soldado que Iñigo de Loyola, pero menos místico y más seco que un Molinos, que un San Juan de la Cruz ó una Santa Teresa.

Es preciso tener la imaginación desarreglada para ver en el *Quijote* todas esas cosas que han visto y han querido ver sus comentadores. Es preciso conocer solamente ese libro de la época y desconocer el resto ó no conocer otro de ella para atribuirle lo que los demás han dicho.

Veamos el *Quijote* del revés, sigamos la locura de Don Quijote, y así como los que leen de prisa esas páginas toman por prosa de Cervantes la que pone en boca de su héroe siempre que habla, tomemos por verdad y por razón la locura de éste, y en esto pecaremos menos que aquéllos, porque daremos un galardón al autor que los otros le quitan y arrebatan, confundiendo su decir con el de un loco.

Este Don Quijote oculto, este Don Quijote esotérico, tomado del revés será así un libro parangonable con el único libro que le iguala en el único y nuevo fin que le asignamos: la *Imitación*. Veamos la novela de Cervantes como una *Imitación* para la vida, más práctica, más carnal y más transcendente que la de Kempis ó Gerson, y en vez de EL INGENUO HIDALGO démosla el título que verdaderamente le cuadra en éste su nuevo estado: *La Imitación de Nuestro Señor Don Quijote*.

Es la única manera de dar esoterismo á la obra de Cervantes.

Y visto así desde el principio hasta el término de la fábula, podemos suponer que se trata de una iniciación del espíritu de un libro como todos los libros nacidos al calor de la *Teología mística*, de San Buenaventura; como el *Itinerario*, de Fray Jerónimo Gracián; el *Camino de perfección*, de Santa Teresa; la *Guía espiritual*, de Molinos, ó *El ornamento de las bodas espirituales*, de Ruysbroeck el Admirable.

— Sí; si quiere verse así se verá de ese modo, y el *Quijote* será un libro místico que podía haber escrito un Swedenborg ó cualquier creyente en la Nueva Jerusalén ó en cualquier Sión de los Estados Unidos.

La cosa es fácil. Sentado esto, lo demás va saliendo como el hilo de un ovillo.

Aquello de que el libro fué engendrado en una cárcel es una alusión á las miserias de la vida cotidiana; los cuidados que pone Don Quijote en la nominación de las personas y cosas es una exaltación de los mantras. Dulcinea es la nueva vida. Sancho el espíritu que se va liberando y así todos y cada uno de los personajes y episodios de la obra.

El *Quijote*, discurriendo así, es la conquista de la perfección, es la liberación del alma, de esa alma que para subir al Carmelo ha de hacer su salida como decía Juan de Yepes, San Juan de la Cruz:

En una noche obscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh, dichosa ventura!,
Salí, sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

Que es como sale, ni más ni menos, por primera vez Don Quijote cuando se lanza á una aventura: «Antes del día.» (Capítulo II, parte I.) Y como sale en su segunda salida, acompañado de Sancho: «Sin que persona los viere.» (Capítulo VII, parte I.) Y aún en la tercera y última: «Al anochechar.» (Capítulo VII, parte II.)

Porque así, á obscuras, «sin ser notada» ha de salir el alma para entrar en la purificación. Y sus trabajos han de ser triunfar de todos los pecados, como muy claramente dice Cervantes en el capítulo VIII de la segunda parte: «Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y el sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las oca-

siones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.»

En fin, prosiguiendo de este modo se puede llegar al cabo y remate de la historia, haciéndola un manual de perfección como ha intentado por ahora el más ingenuo de los ingenios españoles, á quien poco trabajo costaría demostrar dentro de un mes otra cosa que no fuera precisamente lo contrario.

Pero «¡lástima grande que no sea verdad tanta belleza!» El *Quijote* no es un libro esotérico, no tiene ningún sentido secreto y oculto. Es un libro de decadencia, de muerte, de aniquilamiento de todo ideal. Ha quedado como la *Biblia de Buen Sentido*, como un Enchiridión de las gentes sensatas, de esas gentes conformes con el correr y suceder de las cosas, tranquilísimas, por donde cruza con mansedumbre callada la rutina más embrutecedora.

De todo ese monumento no queda más que un pecado. El *Quijote* ha dado el patrón para el último insulto contra el espíritu que quiere emanciparse: «¡Es un Quijote!»

Y el *Quijote* nació cuando ya no había un Cortés, ni un Pizarro, ni un Ercilla, ni un Almagro, ni un Alvarado. Nació cuando la decadencia empezaba á enseñorearse de España, y á los héroes de la fuerza no podía oponerse un héroe del espíritu.

Todo había acabado. No quedaba nada que hacer.

Es un libro de nosotros, pero para los demás; un libro de dolor, de dolor humano, donde, bajo la apariencia de una risa que parece atestiguar la suprema alegría de la existencia, hay sólo un llanto interminable que se derrama sin hipo y sollozos para disimularle. La risa de Rabelaís es más humana, más natural, más sana.

Andando el tiempo, cuando se llegue á una elevación más segura y firmísima del espíritu, es posible que se diga: «Con Rabelaís se reían antes los hombres y se siguen riendo todavía. En cambio, con Cervantes ya no se ríen, y es probable que los más caritativos de lo futuro lleguen á llorar por los pobres sin ideales del pasado.»

Y entonces, ese libro que hoy se busca para solaz y recreo, buscado mañana para sentir algo de piedad por los que fueron, quedará últimamente ensalzado, no por un

esoterismo que no contiene, sino por su claridad y transparencia, que es lo más estimable en lo que no es de los dioses.

El término, la conclusión, la misma finalidad del *Quijote* no puede ser más depresiva y deprimente para los hombres sencillos y para los hombres buenos. La moraleja y la filosofía del *Quijote* puede compendiarse en estas breves y sencillas palabras:

No hay que hacerse ilusiones. No debemos hacernos ilusiones ni luchar por ideal alguno, porque el cura, el barbero, el estudiante que regresa con sus cursos aprobados al lugar, nuestra sobrina, el ama misma, el ventero, los magistrados, los discretos, los sandios, la mujeres de partido y la canalla nos correrán por todas partes, se burlarán de nosotros é impondrán su simplísimo sentido de lo real y miserable á nuestra divina locura.

Hasta el amigo, el buen amigo que se nos pega al paso en nuestro ir á la gloria, se burlará de nosotros.

Pero aquí está la salvación y el premio de nuestra constancia en la persecución del ideal, aquí está todo el valor constructivo y consolador del *Quijote*. En lo que produce tanta desesperanza cuando se le lee sin moral alguna. Es verdad que Don Quijote recobra la razón y muere; que muere irremisible y definitivamente. ¿Pero quien dice que haya muerto Sancho? Sancho vive, y vive más loco que su amo y maestro; no persigue un ideal tan elevado como el loco é ingenioso caballero, pero ha perdido á estas fechas toda su rusticidad y egoismo y se encuentra en el umbral de las grandes ideas.

¡Bendita, pues, la quijotesca locura, mientras á sus expensas pueda elevarse cualquiera de los Sanchos del rebaño!

HE DICHO.